A propósito de la formación y la arquitectura

EXPLICITAR IMPLÍCITOS

Ricardo Muttoni

“Aprendizaje es experiencia, lo demás es información”

Albert Einstein

La Universidad de la República, a la cual tantos le debemos tanto, tiene la responsabilidad de asegurar la formación de los profesionales, la generación de conocimientos y la difusión y extensión de los mismos. Tantas responsabilidades, sumadas a un funcionamiento autónomo y cogobernado, han generado una dinámica muy reflexiva pero muy lenta y con poca capacidad de dar respuestas oportunas a las necesidades del país que la acuna y la financia.

Esta Universidad, que jugó papeles muy importantes en momentos críticos, tomando postura en apoyo de los trabajadores y los sectores populares, hoy está como paralizada. Los sucesivos gobiernos, a quienes confrontaba, la fueron controlando por medio del presupuesto y en determinado momento por la represión lisa y llana. Esa Universidad tenía una sensibilidad. Hoy parecería que tiene otra.

Art. 2 Ley 12.549, Orgánica de la Universidad de la República:

“Fines de la universidad

(...) Le incumbe asimismo, a través de todos sus órganos, en sus respectivas competencias, acrecentar, difundir y defender la cultura; impulsar y proteger la investigación científica y las actividades artísticas y *contribuir al estudio de los problemas de interés general y propender*

*a su comprensión pública; defender los valores morales y los principios de justicia, libertad, bienestar social, los derechos de la persona humana y la forma democrático-republicana de gobierno*¹.

La coyuntura social, política y económica actual está pidiendo una respuesta acorde a los cambios que se están procesando. Muchos sectores de nuestra Universidad están dando respuesta a las necesidades que el país plantea: tal es el caso de Extensión Universitaria, así como de algunas cátedras, institutos y otros, que hacen su esfuerzo preocupándose por disminuir la inequidad de nuestros compatriotas. Pero creo que para potenciar estos esfuerzos, que responden a distintas miradas de la realidad, se deberían *explicitar implícitos*, implícitos que nos confunden.

Existen varios Uruguay dentro del Uruguay. Pero parecería que la Universidad construyó un Uruguay hipotético que en realidad no contempla las diferencias. Siempre sostuvimos que el desarrollo de la ciencia y la técnica no es inocuo. Las políticas de ciencia y tecnología tienen una intencionalidad. Pueden estar dirigidas al desarrollo de conocimientos que benefician a la mayoría de la población o a los propietarios de los medios de producción. Parecería que la cuestión está entre la acumulación o la distribución de la

riqueza, o... ¿entre la libertad y el despotismo? En materia de *vivienda popular* se han hecho muchas cosas, pero creo que hay mucho más para hacer. Podríamos decir que en América Latina más del setenta por ciento de las viviendas fueron construidas sin la intervención del arquitecto, y Uruguay no es una excepción.

En la década del '70 surgieron programas masivos de construcción de viviendas financiados con fondos creados con esos fines. Fue la época de los conjuntos habitacionales, como el de La Matanza en Argentina. Hoy, se le llama “Fuerte Apache”, zona roja por excelencia. Este modelo, que surgía de propuestas exclusivamente arquitectónico-urbanísticas, no dio los resultados esperados. Tampoco fueron solución las propuestas neoliberales de núcleos básicos o lotes con servicios con las que, Banco Mundial o BID mediante, se trató de resolver el problema de vivienda a los sectores de “alto riesgo”, esta vez con inversiones mucho menores pero con resultados igualmente malos.

En ninguno de los dos casos se tuvo en cuenta la complejidad que tiene un programa de vivienda para los sectores de menores ingresos. No pueden existir programas de vivienda exclusivamente con una visión sectorial. La pobreza debe ser abordada con programas integrales y por lo tanto interdisciplinarios. No estoy negando las propuestas arquitectónicas en sí mismas, sino la concepción de los programas de vivienda que proponen resolver este problema exclusivamente con arquitectura y construcción.

En Uruguay y como alternativa a estas propuestas, surgió el modelo cooperativo. Más allá de las limitaciones que este modelo tiene, son infinitamente superiores los resultados. La diferencia fundamental entre los programas mencionados y el cooperativismo es que éste parte

¹ El resaltado en itálicas es nuestro.

es la producción de edificios, conjuntos o viviendas individuales, en general obra nueva, planeada desde cero y concebida como un producto terminado. Que va desde la mesa de dibujo o la computadora, a la empresa constructora que la construye. Partimos de un programa que nos dice cuántas viviendas, la cantidad de dormitorios de cada una, el terreno y el valor del metro cuadrado, según la categoría. Simplificando, ése es el proceso. Por lo general, a su vez, el arquitecto proviene de un sector medio o medio alto y proyecta de acuerdo a sus gustos y necesidades, que quizás para algunos sectores de población, no sean lo adecuado. Ese *implícito* se debe *explicitar*.

La *vivienda popular* espontánea y no organizada, no es una obra que se empieza y se termina en un solo acto, sino un proceso permanente de crecimiento y mejora. Y allí nosotros no participamos. A excepción del programa de Arquitecto de la Comunidad de la Sociedad de Arquitectos del Uruguay, no existen instrumentos que permitan una práctica que acompañe ese proceso.

Quienes asuman el desafío de intervenir en la Producción Social del Hábitat tendrán que partir de un estoc construido, de una ciudad en permanente cambio, de un contacto permanente con la comunidad y con los habitantes. De un contexto que nos condiciona y que debemos transformar en base a los valores y las necesidades de quienes lo habitan, con todos los actores y con los recursos disponibles. No partimos de cero, de un papel en blanco, con un presupuesto ilimitado. Pero estamos preparados para dar respuesta a los sectores con ingresos suficientes como para acceder a créditos y así poder terminar la obra en los plazos convencionales y no para este desafío.

A partir de mi experiencia en la práctica profesional me ha surgido un cuestionamiento a la Arquitectura que hemos aprendido. Y podría ubicar el problema en el aislamiento del arquitecto a la hora de realizar su aporte y en el

encuadre de la historia de la arquitectura, que se enfoca fundamentalmente en la obra de los grandes héroes y muy poco o nada en la arquitectura de los pueblos. Y, a la hora de pensar en nuestra identidad, nada tampoco de la exquisita arquitectura y urbanismo precolombino. Si bien es imprescindible conocer aquellas obras excepcionales, es importante también la obra que anónimamente ha creado ciudad y cultura. De lo contrario, la gran mayoría de los estudiantes serán héroes frustrados.

Durante el proceso de aprendizaje en la Facultad, el estudiante confronta sus propuestas con un docente, que es un interlocutor con una preparación superior y con una formación estética que responden a procesos de maduración y opciones por valores culturales que por lo general provienen del mundo desarrollado, donde los recursos económicos no son el principal problema. Creo que la coordinación económica debe aparecer en el proceso de formación. No es conveniente que el costo de la obra sea un componente que no manejemos, como si no importara. La variable de ajuste son los metros cuadrados.

El proceso de proyectar tiene muchos explícitos. Pero tiene implícita la percepción de la sociedad que queremos; tiene implícitos los valores y los parámetros estéticos del proyectista; tiene implícita la subcultura de clase del proyectista o lo que él "proyecta" (en términos psicológicos) en el destinatario de su obra. Esto hay que explicitarlo y ello sólo puede hacerse confrontando con la comunidad y los futuros usuarios.

Sin duda que este problema no surge exclusivamente de la formación curricular, sino que todo el sistema formal está diseñado en función de esa visión: desde las normativas municipales, pasando por los programas políticos de producción de vivienda, hasta las políticas de financiamiento de las mismas. Esa visión responde a una lógica positivista, a una linealidad, a certezas, a una única verdad.

de un modo diferente de encarar la solución: se parte de un encuadre multidisciplinario, se conoce a los destinatarios y éstos, organizados, son quienes toman las decisiones importantes, entre ellas contratar a los equipos técnicos y aprobar los proyectos. Es otra forma de encarar los procesos productivos del hábitat. Es, o debería ser, otro encuadre de la práctica y la metodología del ejercicio de la profesión.

Ante la ausencia de políticas adecuadas de vivienda e ingreso, surgen los *asentamientos* irregulares y la tugurización de fincas vacías, acciones de pobladores sin alternativas formales, que buscan una solución en el ámbito informal. Donde todo está prohibido: todo está permitido.

Es probable que en el futuro inmediato existan planes de *vivienda popular* que requerirán arquitectos que deban desarrollar una práctica diferente: asesoramiento, seguimiento de obras de mejora, ampliación y construcción, con recursos escasos, con mano de obra poco capacitada y con la intervención de los usuarios. Es decir: intervenir en los procesos de Producción Social del Hábitat, que se han venido desarrollando desde siempre, pero donde, a excepción de las cooperativas, los arquitectos no participábamos.

La práctica tradicional, desde nuestra disciplina,

Sin embargo, otras ramas del conocimiento nos están sugiriendo formas más profundas de interpretar la realidad, a descubrir otros puntos de vista, "otras verdades". En Filosofía, Morin y los "siete principios del pensamiento complejo" y desde la física cuántica, que descubrió formas de materia que no siguen las reglas que regían la ciencia, nos cuestionan el pensamiento único, lineal y positivista que nos atraviesa.

El físico y matemático Ilya Prigogine, en "Las leyes del Caos", pone en tela de juicio el positivismo científico desde la propia ciencia, desde la mecánica cuántica. Dice: "*Tomemos un recipiente que contenga materia aislada del mundo. (Supuestamente) este sistema va a alcanzar el equilibrio. (Pero) si observamos las moléculas al microscopio, veremos un movimiento desordenado incesante: es el "caos molecular". Si abrimos el sistema y permitimos que penetren en él flujos de energía y de materia, la situación cambia radicalmente. Por un lado, a escala macroscópica, se producen fenómenos irreversibles, flujo de calor, reacciones químicas que llevan a nuevas estructuras espaciotemporales imposibles de realizar en equilibrio. Por otro lado el caos molecular se organiza y da lugar a rupturas de simetría temporal y espacial.*"

La humanidad siempre vivió la incertidumbre, pero eso la inmovilizaba y por lo tanto se fue fijando hipótesis para poder avanzar, y eso era bueno: el problema era que si la realidad no se adaptaba a esas hipótesis, las negaba o excluía a quienes las cuestionaban.

Otro aporte, proveniente del pensamiento latinoamericano hacia la transformación de la sociedad es el de Paulo Freire y sus seguidores, entre ellos el filósofo uruguayo José Luis Rebellato, la "concepción metodológica dialéctica", que se expresó fundamentalmente en la "Educación Popular". Donde el conocimiento surge de la confluencia de saberes. Donde el aporte de todos los actores es la base de las transformaciones de la realidad. Proponemos que este

pensamiento se incorpore al proceso de proyecto: sin abandonar los roles, pero pensando en una construcción colectiva.

A veces cuestionamos movimientos de voluntarios preocupados por la vivienda de los indigentes, por el producto ofrecido o por el origen de la propuesta, pero desde la Universidad, desde nuestra Facultad, desde el Centro de Estudiantes ¿qué se está haciendo por los compatriotas que viven en esas condiciones? ¿Qué estamos haciendo para mejorar las propuestas que criticamos? La Mesa de Vivienda del CEDA tomó una actitud crítica al auto-eliminarse. ¿Quién tomó el guante? ¿Desde dónde miramos para criticar?

Quizás el modelo de enseñanza basado en el pensamiento único, no sea el más adecuado para dar respuestas a estas preguntas así como para formar profesionales que deben intervenir en el ámbito de los sectores populares. El tema de la vivienda popular lo tenemos que abordar desde la complejidad, la diversidad y la incertidumbre. La preocupación por la "excelencia" que hoy se maneja como valor, debe partir de certezas, sin embargo vivimos un mundo donde la incertidumbre es una constante. Frente a estas contradicciones, surgidas de la explicitación de los implícitos, propongo "aflojar los nudos del Cross" y permitir liberar fuerzas para que puedan coexistir en un diálogo de concepciones diversas.

Quizás sea necesario formar arquitectos para intervenir en ese proceso, ya sea desde el grado, ya sea como una especialización posgrado, aunque desde allí puede ser más difícil porque habría que *deconstruir* la lógica oficial. Un arquitecto que se especialice en la producción social del hábitat. Esto deberá necesariamente partir de la "concepción metodológica dialéctica": práctica-teoría-práctica. Donde el conocimiento parta de la práctica y ésta aporte a la teoría, para luego mejorar la práctica.

Vivimos en un mundo diverso y complejo por lo tanto no debería formarse exclusivamente desde el currículo de nuestra disciplina sino que se debería incorporar la interdisciplinariedad.

Los tiempos académicos no son los tiempos de las urgencias de algunos sectores de la población. Pero debemos enfrentar la necesidad de dar respuestas oportunas, abrir espacios para que la Universidad establezca lazos y aporte a las soluciones de nuestros compatriotas, ya sea a partir de los profesionales egresados, ya sea desde el mismo proceso de formación, a través del practicante, de pasantías, de créditos por actividades voluntarias, etc.

No se trata de hacer una *pobre arquitectura para pobres*, sino todo lo contrario; quizás ésta sea la práctica arquitectónica más compleja, difícil y desafiante. Pero es posible hacer muy buena arquitectura con recursos económicos escasos, porque además de los recursos económicos, están los recursos humanos, la solidaridad, la capacidad creativa, la innovación, los materiales disponibles, tradicionales o no, de bajo costo y rendimientos comprobados, y fundamentalmente la posibilidad de escuchar a los pobladores que en general proponen salidas mucho más económicas y a veces también más sabias que las que se nos pueden ocurrir a nosotros.

En definitiva, pienso que en términos de hábitat popular debemos pasar de la arquitectura de objeto terminado, hacia la arquitectura como proceso creativo, colectivo y contextualizado.